



EXCMO. SR. D. ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas
y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU

Este Congreso ha buscado deliberadamente coincidir con el Sínodo celebrado en Roma sobre los jóvenes. Pero quizá sea bueno recordar que ha coincidido igualmente, con los 50 años de una revolución eminentemente juvenil, la revolución de mayo de 1968.

Mucho se ha hablado y escrito sobre esos hechos que han cambiado el rostro de Europa. Sin poder entrar, como es lógico, en el fondo del asunto, sí cabe decir que en aquellas revueltas latían un inconformismo, un deseo de cambio y un anhelo de liberar la vida de falsos corsés e hipocresías que no podemos dejar de reconocer que, en gran medida, estaban justificados.

Pero, al mismo tiempo, debemos reconocer también que lo que parecía ser una explosión de vida ha contribuido directamente a generar lo que san Juan Pablo II llamaba “una cultura de la muerte”, como ya advirtiera proféticamente san Pablo VI en su incomprendida *Humane Vitae*, de la que también conmemoramos su 50 aniversario. Asomémonos, si no, a los últimos datos sobre la demografía en Europa.

En 2017 hubo 204.000 muertes más que nacimientos en la Unión Europea y, sin el aporte de la población extracomunitaria, las muertes habrían superado los nacimientos en más de 500.000. Son cifras que nos hablan abiertamente de una catástrofe. Una catástrofe equivalente a una gran guerra o a una de las grandes epidemias que asolaron Europa en otros tiempos.

Se trata de una catástrofe de tal calibre de la que solo se puede salir, estoy convencido, mediante una nueva revolución. Una revolución que, como la de mayo del 68, esté protagonizada por los jóvenes pero que, a diferencia de la que aconteció hace 50 años, sea una revolución por la vida. No sólo

porque apueste directamente por la vida, por una cultura que valore y proteja la maternidad y la fecundidad, el matrimonio y la familia, que también, sino porque nazca ella misma de la Vida, con mayúsculas. ¿De dónde nace la vida? Escuchemos la profecía de Ezequiel:

“Fui llevado a la entrada del templo y vi, que debajo del umbral, por el lado oriental hacia el que mira la fachada del templo, brotaba una corriente de agua, y por donde pasaba esta corriente de agua, todo ser viviente revivía, y había abundancia de peces, y las aguas del Mar Muerto quedaban saneadas, y junto a las dos orillas de la acequia crecían toda clase de árboles frutales, y sus hojas no se marchitaban, ni sus frutos se acababan. Cada mes daban frutos nuevos, porque las aguas que los riegan manan del Santuario. Sus frutos servirán de alimento, y sus hojas, de medicina”.

Nosotros sabemos que esta profecía se ha cumplido, y que el Santuario del que habla el profeta no es otro que Cristo Jesús, y sabemos que de su costado derecho manó y sigue eternamente manando sangre y agua para que nosotros tengamos vida y la tengamos en abundancia.

Es la abundancia que procede del bautismo y de la eucaristía, que son los sacramentos de la vida. Por eso, el desafío de la juventud es hacer una nueva revolución. Pero esta vez una revolución cristiana. Una revolución que consista, precisamente, en limpiar las acequias que vienen del Santuario, es decir, de la Iglesia, para que en ellas vuelva a fluir el agua pura y franca de la gracia.

Creo sinceramente que, en este tiempo, hemos acumulado demasiado lodo y, sin querer, hemos hecho demasiados diques y represas que han impedido el paso de esta corriente de vida. Es pues tarea de los jóvenes limpiar todo ese lodo, desmontar todos esos diques y represas acumulados con el tiempo, para que el agua vuelva a fluir con toda su fuerza hacia un mar, desgraciadamente, cada vez más muerto, y una tierra crecientemente estéril.

Se trata, sin duda, de una labor decisiva, pero esta es nuestra esperanza, esta es nuestra fe en los jóvenes. Una fe que hemos podido ver durante este Congreso que termina después de tres días de coloquios intensos pero muy gratificantes, en el que hemos tenido ocasión de participar, convivir y compartir nuestras experiencias.

1.900 congresistas, tres ponencias magistrales, seis mesas redondas, casi 50 comunicaciones, el torneo de debate universitario, el punto digital católico, la proyección del vídeo CEU Media “Rebeldes”, el Congreso juvenil,

con 60 alumnos de nuestros colegios CEU de Valencia, Vitoria, Barcelona, Sevilla, Alicante, Murcia y Madrid; el Congreso infantil, con más de 200 niños y la Noche Joven en la que han participado más de 500 personas. Además, nos han acompañado también 250 alumnos de nuestras Obras CEU de Valencia, Barcelona, Vigo, Sevilla y Madrid.

Todo ello es un breve resumen de muchas horas de trabajo y muchas personas comprometidas de forma totalmente altruista. No me quiero olvidar del impacto que hemos tenido en las redes sociales. Hemos sido *trending topic* este fin de semana en varios momentos.

Gracias a todos los que habéis compartido a través de redes sociales nuestro mensaje. También gracias a nuestro consiliario, el Arzobispo de Burgos, que nos ha acompañado durante todas las sesiones de este Congreso; a nuestro viceconsiliario; a la vicepresidenta de la Asociación; a Antonio Oliví, cuya magnífica conferencia me ha parecido muy esclarecedora, y a don Miguel Ángel Malavia por su excelente presentación.

Gracias al Comité Asesor y a los representantes de movimientos, asociaciones o realidades eclesiales por sus acertadas recomendaciones durante la preparación del Congreso; al director del Congreso, querido amigo Rafael, que ha hecho una magnífica y excelente labor; a la Comisión Ejecutiva, que a lo largo del año ha trabajado en diseñar y organizar el Congreso que acabamos de vivir.

Gracias a las personas encargadas del protocolo, azafatas, informáticos, fotógrafos, periodistas, camareros, conserjes, cocineros; a los veinte profesores voluntarios de nuestras facultades, que han atendido a ponentes invitados; a los 26 profesores de los colegios CEU que, de manera voluntaria, han estado con los niños y jóvenes de los congresos infantil y juvenil; al personal de administración y servicios; a los comunicantes y, desde luego, a los ponentes, relatores y miembros de las mesas redondas que han participado, una vez más, de un manera generosa y desinteresada.

Gracias a todos por vuestra entrega y vuestro esfuerzo. Gracias también, desde el emocionado recuerdo, a Alfonso Coronel de Palma, que hace veinte años tuvo la iniciativa de poner en marcha este Congreso y, además, tuvo la confianza de encargarme a mí que fuera su primer director.

Gracias a todos ustedes, congresistas, porque, sin ustedes, esta cita anual no habría tenido sentido alguno.

Muchísimas gracias.